



-000189921-

RUBEN GOMEZ QUEZADA

Caminos de Andrés

AdL 5229

Andrés Sabella tenía una enciclopedia en los ojos y la cabeza. Hace dos décadas no se usaba mucho el término computadora, y por ello, para referirnos a su erudición, en la escuela de Periodismo utilizábamos el concepto que le era casi prolongación natural, el del libro que atesora conocimientos.

Era generoso con sus tesoros, además de liviano y sutil. Sus clases eran animadas y su literatura contundente. Pero más que nada, su forma alada de introducirnos en vericuetos complicados y repletos de anécdotas, estaba desprovista de poses y de trampas. El resultado era que sus cátedras tenían gran aceptación. Creador como era, nos hacía soñar entre cuatro paredes, sin descuidar el cielo para que lleváramos esos viajes oníricos en forma aceptable a immaculadas cuartillas.

Andrés nos hacía comprensibles las cosas difíciles. Transmitía lo sublime y lo divino con una cuota justa de lo cotidiano, de aquello que nos tocaba todos los días. Así, una clase sobre historia del periodismo chileno, de redacción o de literatos, venía clara y cristalina. Tenía angel para enseñar, y transmitir sus opiniones. Se daba tiempo también para escucharnos con atención, como para no desalentarnos.

Sus ojos estaban adoloridos. Le caían lágrimas. Era evidente que leía en demasía. Daba la impresión de estar siempre en actitud de recibir cosas nuevas y aparentemente no se cansaba. No se quejó nunca en las clases. Salvo, un día en que los alumnos estábamos en otra, muy lejana... Hablaba de Edwards Bello. Tomó sus libros, se secó las lágrimas y dijo en voz apagada. ¡Vámonos

Joaquín, aquí no nos quieren?... Se fue con sus pasos cortos y pesados. Nunca nos sentimos tan desamparados y miserables. Quizás, sólo hace dos años cuando nos dejó para siempre con una enciclopedia de regalo.

Los funerales de Andrés fueron de pasos cortos. El cortejo avanzó muy lentamente por calle Prat en dirección al camposanto. Pasó por las calles cívicas hasta entroncar con Ossa y otras de raigambre popular y obrera. Allí fue donde se hicieron más notorios los aplausos rítmicos y sostenidos al batir de palmas. Una práctica algo alejada de nuestras costumbres pero que no dejaba de ser sincera. También revolaron pañuelos blancos y de colores, muchos, empapados en sal y llanto.

Caminar con Andrés era resignarse a disfrutar de una peripatética experiencia. En las calles le reconocían todos o casi todos. Siempre le saludaban y le preguntaban de sus libros, su salud y de sus proyectos. El parecía reconocer a los interlocutores y el lenguaje familiar calaba hondo. Quince o veinte minutos para caminar dos cuadras no era un saludo amable al reloj, pero sin duda una fuente de inspiración para algún artículo o reflexión.

Recuerdo que ocupaba también nuestro sillón para descansar sus huesos gordos y menudos en esta redacción. En secreto nos dijo que le alimentáramos su linterna de papel cuando no estuviera. Esa linterna no se ha apagado en dos años. La mantienen sus amigos que le recuerdan con cariño y agradecimiento por ser un hombre intrínsecamente bueno.

El Mercurio, Autoexposición. Calama, 26-VIII-1991 p. 3.

Caminos de Andrés [artículo] Rubén Gómez Quezada.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gómez Quezada, Rubén, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Caminos de Andrés [artículo] Rubén Gómez Quezada.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile